
Pablo González Casanova*

LAS CIENCIAS SOCIALES
en América Latina

La actual constitución del pensamiento social sobre América Latina coincide con la fundación de la OEA y con la “Guerra Fría” que por esos años desatara la Administración Truman. En medio de un creciente influjo de los Estados Unidos en la economía, la política, la cultura de masas y la formación de los ejércitos interamericanos, las ciencias sociales empezaron una historia intelectual e ideológica en la que habría de destacar especialmente la Sociología.

La Sociología latinoamericana aparecería jugando en la “Guerra Fría” el papel de la ciencia que se opone a las ideologías, fueran éstas las de un nacionalismo universitario decadente, o las de un marxismo de manual.

La Sociología norteamericana tuvo una influencia enorme en la de América Latina. A fines de la Segunda Guerra Mundial, una escuela de Sociología encabezada por Gino Germani, argentino en parte y en parte italiano, inició una dura campaña contra la que llamó Sociología “impresionista” y anticuada. Germani y su escuela abogaron por una visión supuestamente nueva y “científica”, que habría de basarse en la “investigación empírica”, en los estudios de campo y en el análisis estadístico. Se suponía que esta nueva Sociología iba a “validar” el conocimiento mediante la definición de las hipótesis y las variables que habrían de confrontarse con datos “confiables”. De hecho la nueva Socio-

* Profesor e investigador de tiempo completo del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

logía era un especie de neopositivismo y de neoempirismo. Su difusión coincidió con una influencia creciente del poder de los Estados Unidos en América Latina. La mayoría de sus “paradigmas” eran norteamericanos, y sus principales autores, sociólogos conservadores estadounidenses como Parsons y Merton.

La primera generación de sociólogos profesionales latinoamericanos fue entrenada en esta escuela de pensamiento, cuya arrogancia e influencia por momentos no pareció tener límites. La tradición colonial de la cultura latinoamericana fue en gran parte responsable de la aceptación acrítica de una teoría que se volvió dominante en casi todas las escuelas latinoamericanas de ciencias políticas y sociales.

Desde 1945 hasta la Revolución Cubana en 1959, la mayor parte de la investigación sociológica y política de las universidades y centros de estudio quedó bajo el dominio del neopositivismo. Hasta 1963, los líderes de esta escuela fueron particularmente agresivos y parecían estar completamente seguros de que representaban a la “Sociología científica”. Quienes se les oponían eran simple y sencillamente descalificados. Llevaría muchos años e implicaría muchos esfuerzos acallar su retórica victoriosa. Los hechos ayudaron mucho: la revolución y la contrarrevolución en América Latina puso fuera de combate gran parte de sus perspectivas ideológicas. En especial, C. Wright Mills contribuyó a encontrar otras nuevas.

Poco antes de la Revolución Cubana, Mills había iniciado una brillante campaña contra Parsons, Merton y sus epígonos. Cuando “los guerrilleros” tomaron el poder Mills se fue a Cuba y escribió un maravilloso folleto titulado: “Escucha yanqui”. Era una defensa de la Revolución Cubana y una advertencia al pueblo norteamericano. Como Mills era un sociólogo profesional de renombre, y norteamericano, su posición fue muy útil a quienes estaban luchando contra la llamada “Sociología científica”. La crisis no paró allí; continuó demoliendo la que con anterioridad había considerado una escuela del pensamiento crítico y avanzado. Hasta los críticos anteriores de la “sociología empírica” iban a ser criticados. El análisis de clase que veía en una y otras la expresión de una ideología burguesa iba a predominar.

Antes de 1960, en América Latina había tres tipos principales de corrientes que se oponían al empirismo. De una manera esquemática se puede decir que unas estaban ligadas al nacionalismo y al populismo latinoamericano; una segunda ponía el acento en un movimiento mundial contra el colonialismo, particularmente activo en África, el Medio Oriente y Asia; y una tercera expresaba ese tipo de marxismo que había prevalecido en el mundo y en América Latina desde que en los treinta la Tercera Internacional adoptó la línea del “Frente Popular”.

La referencia política más importante de estas corrientes, el tipo de proyecto político y social que las unía a todas era la lucha por la independencia económica, política, cultural, y por la democracia, a través de frentes populares o nacionales. Se suponía entonces que esos frentes debían unir a lo que se llamaba “la burguesía nacional” con los campesinos, con los obreros y las clases medias, incluso bajo la hegemonía de la burguesía nacional y de los líderes y organizaciones populistas. Durante este periodo los intelectuales progresistas de América Latina tenían un proyecto social, un proyecto nacional e incluso regional, que era extraordinariamente importante para sus investigaciones. El proyecto era significativo tanto para aquellos que después fueron conocidos como “desarrollistas” —en especial los economistas que bajo la dirección de Raúl Prebisch trabajaban en la Comisión Económica para América Latina— como para aquellos que apoyaron la Revolución de Guatemala (1944-54) y la de Bolivia (1952-60 ó 64). El objetivo de estos intelectuales consistía en alcanzar una cierta independencia y democracia bajo el capitalismo. Todos ellos fueron críticos del enfoque estructural-funcional en que destacó Germani, que no veía la necesidad de la independencia económica o de reformas sociales estructurales para alcanzar la llamada “modernización”. Ahora bien, el hecho es que incluso quienes se enfrentaron entonces a Germani con criterios nacionalistas y reformistas iban a ser sometidos a severas críticas. De ellas no se salvarían ni los marxistas de los “frentes populares” que incluían a la “burguesía nacional”. Tal vez serían los más criticados.

Desde la Revolución Cubana (de 1959 a nuestros días) cambió toda la historia de América Latina. En 1961, en Bogotá, un joven sacerdote llamado Camilo Torres, que era también un sociólogo, publicó un artículo titulado: “Un nuevo paso en la Sociología latinoamericana”. El artículo no presentaba ninguna aportación teórica o metodológica. Su significado era más bien moral. Torres proponía que los sociólogos se comprometieran directamente con los movimientos populares. Y así lo hizo él hasta su muerte, ocurrida en una acción guerrillera contra las tropas gubernamentales. La muerte heroica de Camilo estremeció a toda la sociología latinoamericana.

A principios de los sesentas muchos estudiantes y otros jóvenes intentaron realizar una revolución al estilo de la cubana. La vieja Revolución Mexicana, la guatemalteca y la boliviana habían sido desviadas o destrozadas. Estos jóvenes fueron los pioneros de un nuevo tipo de revolución, de una “revolución continental”. Al mismo tiempo el gobierno de los Estados Unidos encabezado por el presidente Kennedy lanzó un gran proyecto contrarrevolucionario que era un arma de dos filos. Su primer objetivo consistía en organizar una reforma agraria y social bajo la lla-

mada “Alianza para el Progreso”. El segundo consistía en organizar la “guerra contrainsurgente” bajo la dirección del Pentágono.

Tanto la revolución como la contrarrevolución tuvieron un enorme influjo en las ciencias sociales. La revolución cubana hizo importantes contribuciones a la teoría social; pero éstas no aparecieron en forma de artículos o libros científicos, ni su influencia se hizo sentir directamente en los medios académicos. De manera indirecta, a través de las asambleas, mítines, discursos, revistas y periódicos militantes, manifiestos, declaraciones, la revolución cubana cambió de raíz el clima ideológico de las ciencias sociales latinoamericanas. Sus contribuciones a la teoría de un partido que surge de un movimiento, a la teoría de las coaliciones revolucionarias internas, o las que hizo en materia de alianzas político-militares con los países socialistas, o las que vincularon soberanía, democracia y socialismo, y la defensa y construcción de éstas en un país dependiente, subdesarrollado, acosado y cercado en sus intentos liberadores, con todo lo originales, ricos e influyentes que fueran, no llegaron a ser registradas para las ciencias sociales en forma sistemática. Su influjo se hizo sentir más bien en la lucha contra las ciencias sociales reformistas y a través de su renovación del pensamiento marxista y revolucionario.

La investigación “empírica”, “científica” fue usada para mejorar las armas de la contrarrevolución. En sus ímpetus “reformistas”, la investigación “empírica” pareció al principio “progresista”. Al menos así lo creyeron algunos. Pero pronto reveló las dificultades que encontraba para hacer verdaderas reformas. Hasta las más modestas parecían imposibles de materializarse. Los sociólogos y los antropólogos diseñaron cientos de investigaciones de campo para la reforma agraria; los economistas prepararon numerosos proyectos de reforma fiscal, mientras los politólogos exploraban las tendencias y correlaciones de lo que llamaban con gran optimismo el “desarrollo político”. Sus esfuerzos fueron criticados sobre todo por sus conceptos erróneos, impracticables, falaces. Pocas veces se les vio como el brazo pacífico de un mismo proceso contrarrevolucionario. Algo enteramente distinto ocurrió con los científicos sociales que se vieron directamente envueltos en las tareas represivas de la contrarrevolución. Sufrieron una seria crisis política, psicológica y de legitimidad.

En Chile, Colombia, Argentina y otros países de América Latina, el uso de encuestas y de investigaciones de campo diseñadas para objetivos militares y para la “guerra interna” fue denunciado y documentado por distinguidos investigadores. Proyectos como el “Camelot”, el “Colonial”, el “Numismático”, el “Júpiter” y muchos más levantaron verdaderos escándalos. Su objetivo era mejorar el “conocimiento empírico”

sobre el “enemigo”, esto es, sobre “el pueblo”. Se proponían también “mapear” al detalle las actitudes favorables al imperialismo norteamericano, a las dictaduras militares y a la contrarrevolución. Buscaban enemigos y aliados en *los pueblos*.

Los científicos sociales empiristas no pudieron esconder, bajo sus banderas aparentemente neutrales y objetivas, el hecho de que en realidad estaban estudiando la opinión pública para los fines de una “guerra interna” concebida por los militares. Mientras se llevaban a cabo las “investigaciones científicas de campo”, una serie de intervenciones militares, nativas y extranjeras –generalmente apoyadas por las fuerzas más reaccionarias de América Latina y los Estados Unidos– ponían un punto final al reformismo conservador e inauguraban en muchos países una nueva tendencia de “despotismo represivo”. Todos estos hechos liquidarían la cooperación científica internacional en las ciencias sociales. Incluso los investigadores que no estaban vinculados a ningún partido o movimiento popular rehusarían cooperar con cualquier proyecto que estuviera auspiciado por las universidades y fundaciones norteamericanas. En ese tiempo Irving Louis Horowitz publicó una antología de ensayos críticos sobre *El ascenso y la caída del Proyecto Camelot: estudios sobre las relaciones entre la ciencia social y la política práctica*. Más tarde el famoso periodista Gregorio Selser publicó un libro intitolado *Espionaje en América Latina, el Pentágono y las ciencias sociales*.

La caída de la “Sociología empírica” y de la “Ciencia Política behaviorista” fue espectacular. Una y otra perdieron el liderazgo ideológico en todas partes. Los investigadores que continuaron usando sus métodos encontraron enormes obstáculos. El rechazo a responder cuestionarios sociológicos se convirtió en una cultura de resistencia frente a las nuevas formas de la dictadura y de la guerra. Una parte importante de la política de las fuerzas democráticas y progresistas consistió en lanzar agresivas campañas contra los sociólogos-entrevistadores y sus objetivos sociológicos. Algunas provocaron –dadas las circunstancias– verdaderos estados de histeria. El terror y la tortura no crean el mejor clima para las muestras y las encuestas.

La crisis del neopositivismo no fue la única. A mediados de los sesentas, otras dos ideologías y estilos de pensamiento fueron sometidos al ataque. La literatura económica de la CEPAL había sido muy influyente hasta 1960. Había representado un sofisticado esfuerzo para mejorar la independencia económica y el desarrollo. Pero después que fue lanzada la “Alianza para el Progreso”, Prebisch y algunos de sus colegas adaptaron sus tesis a la nueva política. En un movimiento relativamente oportunista, los ideólogos de la CEPAL dejaron de presentar las relaciones económicas desiguales con los países industrializados como un pro-

blema central para el desarrollo de América Latina. En vez de eso se sumaron a la “Alianza para el Progreso” y a sus propuestas de reformas internas y de mejoras en el mercado interno. Así abandonaron sus principales contribuciones científicas al nacionalismo económico. La nueva posición les hizo perder respeto y credibilidad. Conforme se acentuó la crisis económica y el fracaso de la “Alianza para el Progreso” fue reconocido hasta por sus patrocinadores, el nuevo enfoque teórico de la CEPAL se fue abajo.

En ese tiempo surgió un nuevo concepto de la “dependencia” en las propias filas de la CEPAL. El nuevo concepto de la “dependencia” puso fin tanto a los enfoques nacionalistas como a los desarrollistas que habían prevalecido en la CEPAL y que se habían difundido en los medios académicos. En 1966 y 1967 Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto escribieron un libro sobre *La dependencia y el subdesarrollo en América Latina*. Fue un trabajo pionero en el nuevo concepto de la dependencia. En sí mismo el concepto expresó un profundo cambio ideológico y político. De hecho reflejó, en un discreto estilo académico y con un cierto enfoque estructuralista, el clima que habían creado las nuevas fuerzas progresistas y revolucionarias.

La crisis y caída de los regímenes populistas, las crisis de las luchas democráticas y del desarrollo económico pusieron fin a las viejas estrategias de las fuerzas nacionalistas y de los partidos comunistas. A mediados de los sesentas pareció una ilusión grotesca lograr la independencia y el desarrollo bajo el liderazgo de la “burguesía nacional” dentro del capitalismo. Pareció inútil y absurda toda la anterior teoría de las alianzas. André Gunder Frank proclamó estruendosamente que ese sueño no significaba otra cosa que “el desarrollo del subdesarrollo”.

Según la nueva perspectiva de la “dependencia”, el capitalismo es un sistema mundial con un centro autónomo y una periferia dependiente. Uno y otro tienden a autoreproducirse. La idea de que la periferia pueda ocupar el lugar del centro jamás se plantea. Los progresos de la tierra jamás producirán un nuevo sol que la alumbre. El sol es el sol y los planetas los planetas. En el sistema ningún cambio que tienda al progreso es de esperar. Como las metáforas indican, el nuevo concepto de la dependencia era predominantemente espacial a diferencia del anterior. La lucha contra la dependencia dejó de verse como un cierto progreso de una etapa colonial o neocolonial a otra independiente. Ya no se consideró como una lucha complementaria de los pueblos colonizados bajo el liderazgo de una burguesía nacionalista y democrática que los haría avanzar en luchas intermedias anteriores a la del socialismo. Ya ni siquiera se le consideró como una lucha. La dependencia era un hecho espacial, una estructura esencial del sistema social prevaleciente.

Los líderes ideológicos de la nueva teoría no se decían marxistas aunque admitían que el marxismo era una de sus principales fuentes de inspiración. En la medida en que no proponían como alternativa al reformismo y al nacionalismo una revolución social con frecuencia se quedaron entre la crítica y la revolución, o entre la crítica y la política, sin ir más allá de la crítica. Su nueva doctrina ayudó a muchos profesores y estudiantes a rechazar las ideologías populistas y nacionalistas y a eliminar o desconocer las viejas luchas comunistas y socialistas por la liberación.

En el nuevo movimiento se desarrollaron nuevas tendencias. Algunos partidarios de la teoría de la dependencia se radicalizaron e incluso se volvieron revolucionarios. Otros, como el propio Cardozo, regresaron años más tarde a la política para luchar —entre sus pueblos— por la democracia en un mundo dependiente. Algunas de las tesis de la “dependencia” fueron apoyadas por los revolucionarios, otras por los contrarrevolucionarios. El confuso apoyo que recibió la teoría de la “dependencia” en parte se explica por la ambigüedad de sus alternativas. También por el uso que se hizo de ellas.

Los nuevos revolucionarios estaban contra cualquier proyecto de democracia, justicia social o independencia que cayera o quedara bajo el liderazgo de los líderes populistas y reformistas. En cuanto a los contrarrevolucionarios o “contrainsurgentes” estaban activamente ocupados en acabar con los últimos vestigios del nacionalismo y la democracia en los países latinoamericanos. Con frecuencia usaron a la ultrazquierda para desestabilizar a los regímenes constitucionales y nacionalistas. La teoría de la dependencia les sirvió como arma contra el falso optimismo populista y reformista. Con posterioridad también les sirvió para legitimar o racionalizar el comportamiento represivo de los regímenes militares dependientes. Indirectamente, la nueva teoría, o bien reflejó una acción radical contra un sistema social que incluía “necesariamente” la dependencia, o bien reforzó el conformismo en tanto el “sistema” era considerado como una especie de destino histórico y político.

La nueva perspectiva era tan rica sin embargo que muchos investigadores continuaron estudiando “los problemas de la dependencia”, mientras buscaban vincular ese concepto con el de la explotación, con el de la lucha de clases, y con el nuevo carácter de los movimientos nacionales y los frentes del pueblo.

Al terminar los sesentas, el viejo concepto de la dependencia estaba completamente desacreditado en casi toda América Latina, mientras el nuevo concepto se vinculaba a las perspectivas teóricas que analizaban la explotación y la dominación regional como un fenómeno interno e internacional. Se rompió la frontera ideológica de “la nación”. Se empezó a ver el colonialismo internacional como parte de un fenóme-

no más amplio que incluía el colonialismo interno, y se consideró el nacionalismo en un país como parte de un fenómeno mundial: el nacionalismo en varios países. Para comprender lo que ocurría en un país o en un Estado pareció indispensable un acercamiento más flexible a las categorías de lo interno y de lo externo.

Durante muchos años subsistieron las dos debilidades principales de la nueva perspectiva de la dependencia. No fue fácil combinar el análisis regional y el de clase, y resultó aún más difícil vincular el análisis objetivo estructural y la acción subjetiva, política y revolucionaria. La mayoría de los científicos sociales encontraron difícil poner énfasis en la lucha nacional o en la lucha de clases y se sintieron constreñidos por las formas estructurales de pensar, o saltaron hacia las “espontáneas” y “voluntaristas”. Mientras tanto fueron cerrados varios departamentos de Sociología, e incluso universidades enteras. Muchos sociólogos fueron apresados, exiliados, torturados o asesinados. Estaban acercándose a planteamientos que ellos solos no podían resolver: lo nacional y lo clasista, lo estructural y lo espontáneo sólo se integran entre sí con la emergencia de poderosas organizaciones de masas. Sólo éstas acaban con las limitaciones del nacionalismo y el obrerismo, o con las del estructuralismo y el espontaneísmo.

A principio de los años setenta surgió una nueva corriente política e ideológica. Fue el tiempo del gobierno de Salvador Allende en Chile, (1970-1973). La “Unidad Popular”, encabezada por el Partido Socialista de Chile, ganó las elecciones presidenciales con un programa que se proponía alcanzar el socialismo por medios pacíficos y legales.

En 1971, Clodomiro Almeyda, ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Allende, publicó un libro notable: *Sociologismo e ideologismo en la teoría revolucionaria*. Almeyda había sido profesor en la Universidad de Chile y en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), famosa institución regional de estudios de postgrado. El objetivo de su libro era criticar el “sociologismo” como una perspectiva teórica que carecía de sentido histórico sobre el presente y el futuro. Lo que el “sociologismo” significa para Almeyda es *ahistoricismo y conformismo*. Almeyda también criticó el “ideologismo”, término que usó para describir las actitudes sectarias y dogmáticas de quienes descansaban principalmente en acciones espontáneas, incapaces de vincular su acción en el contexto de las bases sociales existentes en las organizaciones de masas y en la clase obrera. En su libro Almeyda argumenta en favor de lo que llama “una teoría de la acción singular”. Según piensa, el científico social no debe descansar exclusivamente en los datos. Tampoco debe analizar exclusivamente los procesos conservadores ni imaginar en el otro extremo situaciones revolucionarias que

no tienen nada que ver con la praxis de la clase obrera. En vez de eso debe ser un militante —en un sentido profundo— y analizar la realidad para ayudar a las fuerzas revolucionarias a romper los círculos del conformismo absoluto y de la pura subversión.

El libro de Almeyda fue en parte una muy bien pensada declaración de apoyo a la estrategia de la Unidad Popular y del camino pacífico al socialismo. Las debilidades del libro fueron las del gobierno de Allende. Se descuidaron en forma dramática las limitaciones del sistema, sus respuestas necesarias. Al mismo tiempo, nunca se llegaron a ver las posibilidades de las “acciones espontáneas” como nuevo recurso para manejar una crisis creciente, y como nueva fuente de conocimiento; ambos aspectos de la “acción espontánea” habrían sido de gran ayuda para un gobierno revolucionario, apoyado en un partido disciplinado y en las armas del ejército. En las circunstancias quedó sin utilizar y sólo jugó su papel desestabilizador. En el libro de Almeyda no sólo se descuida a menudo la necesidad histórica como obstáculo insalvable en determinadas condiciones, sino la “acción espontánea” como medio para encauzar nuevas formas revolucionarias. Sin embargo, *Sociologismo e ideologismo en la teoría revolucionaria* constituye una de las contribuciones más importantes a la teoría política y social latinoamericana.

Cuando el gobierno de Allende cayó bajo el sanguinario golpe de Estado de Pinochet, los sociólogos chilenos hicieron otra importante aportación a las ciencias sociales; en la medida en que contribuyeron a esclarecer la lógica de los procesos revolucionarios. Establecieron una clara distinción entre política y poder, entre “sistemas políticos” y Estado. Aunque esa diferencia había sido advertida con anterioridad, nunca fue suficientemente aclarada. La teoría marxista, de un lado, hacía énfasis en las relaciones de clase del Estado; con frecuencia descuidaba las del Estado y los sistemas políticos. Por su parte los investigadores sociales “empiristas” consideraban a los sistemas políticos como un problema de la sociedad contemporánea, significativo en sí mismo. Descuidaban sus vínculos con el Estado y con las clases...

Los sociólogos chilenos y latinoamericanos que cuestionaron la gran experiencia de la “Unidad Popular” hicieron hincapié en la necesidad de distinguir entre las luchas políticas y la lucha por el poder, una distinción que es particularmente significativa en las socialdemocracias, y para aquellos partidos que luchan en las estructuras sociales del neocapitalismo.

En Chile, la distinción entre la política y el poder, entre la ley y la fuerza, aclaró los límites de la acción parlamentaria y legal de los partidos políticos. Cuando un partido en el gobierno pretende cambiar el

sistema social y amenaza a los intereses creados, incluso si está respaldado por poderosas organizaciones de masas, el poder constitucional le será inútil si los militares no están ideológicamente comprometidos con el proyecto social y quienes están ideológicamente comprometidos están desarmados.

En los setentas, las ciencias sociales de América Latina sufrieron aún muchas limitaciones y distorsiones ideológicas que pronto habrían de superar. En los primeros años de la década, los científicos sociales rara vez ligaron la historia con los movimientos sociales, la historia con el presente, la historia con la vida política y con la acción revolucionaria. El análisis de sistemas separado del análisis de clases se convirtió en una nueva forma de ocultar los procesos concretos generales y específicos. Las categorías marxistas se usaron como modelos formales. Weber pareció dominar las investigaciones académicas sobre los “modos de producción”, sobre la “dependencia”, el Estado-nación, la sociedad. Weber con lenguaje marxista, pero Weber.

Un poco más tarde el “eurocomunismo” empezó a ser imitado con actitudes mentales de colonizados que se ponen al día. Por “eurocomunismo” entiendo aquí ciertas corrientes de pensamiento democrático, que rechazan el papel central de la clase obrera en el logro y construcción del socialismo, o que consideran que “el socialismo real” es tan sólo una nueva forma del “capitalismo de estado” y de “imperialismo”. Las formas más escépticas y desarmadas del “eurocomunismo”, las más reaccionarias, y ese mismo tipo de pensamiento crítico que “no está convencido” de ninguna alternativa real al capitalismo, fueron adoptados por numerosos intelectuales latinoamericanos que se llaman a sí mismos marxistas y que trabajan minuciosamente los problemas del “desencanto” y la “desilusión”, sin hacer el menor esfuerzo por vincular el pensamiento crítico con la búsqueda del poder y con la lucha por el poder en condiciones que no son revolucionarias, o en las que los son.

A pesar de estas limitaciones, desde mediados de los setentas se podían advertir importantes cambios. En México, donde miles de latinoamericanos fueron a vivir en el exilio, las ciencias sociales alcanzaron notables avances. La historia social y política del conjunto de la región, de América Central, del Caribe e incluso de algunos países, organizaciones y movimientos de masas, logró importantes trabajos de investigación sobre las estructuras y procesos del pasado y de la actualidad. Pero el principal avance de las ciencias sociales durante esta época ocurrió en América Central, especialmente desde que los sandinistas tomaron el poder en Nicaragua. Desde entonces ha aparecido un nuevo tipo de literatura en ciencias sociales en que sus autores están tratando de manejar —o manejan— al mismo tiempo la cultura de la universidad latino-

americana y la cultura de las organizaciones militantes, con un nuevo énfasis en los problemas de las clases y las coaliciones, de la lucha de clases y las minorías étnicas, y de la lucha de clases y la lucha nacional. A un nivel de abstracción más alto, puede decirse que las ciencias sociales en Centroamérica están haciendo hoy importantes contribuciones al estudio de las mediaciones, de los sujetos sociales complejos, combinados y desiguales, y de la transición.

En esta corriente parece estar emergiendo un nuevo concepto de la política y la sociedad, del “pueblo” y la clase obrera, de la religión y la revolución, del pluralismo ideológico y político, del poder y la negociación, del poder y la diplomacia, de las mediaciones, de la economía mixta, de la transición, de lo necesario y no negociable, de lo nuevo y espontáneo que crea y se organiza. La cultura académica más sofisticada se vincula poderosamente a la experiencia más refinada de las luchas del pueblo y de la política del pueblo. La resistencia nacional de Nicaragua, y después de El Salvador (una resistencia realmente nacional), abre desde entonces la única alternativa que tienen los pueblos en países que han estado viviendo durante décadas bajo regímenes de terror. No se trata aún de socialismo. Tal vez se trata de una “democracia revolucionaria” con pluralismo ideológico y “economía mixta” a la vez pública y privada, pero dirigida en su conjunto por el gobierno popular revolucionario y defendida por el ejército popular revolucionario. Para estos países no hay otra alternativa. Por eso la mayoría de los científicos sociales están trabajando activamente como militantes, como ministros o escritores para alcanzar *esos* objetivos en *esos* países.

En cuanto a países como México y Venezuela, que aún viven bajo gobiernos constitucionales, o como Brasil y Argentina que han recuperado en parte o más o menos considerable sus libertades políticas y sus derechos públicos, las fuerzas progresistas así como los científicos sociales están ‘rabajando con preocupación en los problemas de la democracia y la crisis. Algunos de los fenómenos más significativos que los científicos sociales están tratando de investigar en estos países son problemas de “acumulación ideológica”, de conciencia histórica, de autonomía política, así como problemas concernientes a la política y el poder, a la clase y la nación, a la raza y la clase. El número de trabajos que existen sobre esos temas es impresionante como también es enorme el número de militantes-investigadores que trabajan en el seno de las organizaciones de masas y en los movimientos populares.

Lo que parece insuficientemente estudiado es este tipo de guerra que no parece guerra, que no es guerra declarada, que no necesariamente corresponde a un proyecto de guerra, pero que tiene los efectos de una guerra, y que el Fondo Monetario Internacional encabezado por los

países altamente industrializados le ha declarado a nuestras naciones. No estamos estudiando suficientemente la guerra económica de que somos víctimas. No estamos pensando en la guerra económica y en sus implicaciones para la sobrevivencia y restauración de la democracia, ni en los nuevos proyectos o actos de intervención, invasión y mutilación de nuestros territorios, con amenazas de embargo de nuestras riquezas naturales y de nuestras fuentes energéticas. Parecería como si no quisiéramos pensar en la guerra que sufrimos como tradicionalmente se “piensa la guerra”. Se diría que hay una enajenación profundísima que frena ese pensamiento acusando a quienes lo tienen de “catastrofistas”. Una parte importante del pensamiento democrático y crítico —la de derecha— se niega a pensar en términos tácticos y estratégicos, y vuelve a hablar en términos principistas y doctrinarios, con dogmas que defiende con pseudo-críticas, con dogmas monetaristas, con dogmas de democracias sin sujeto, verbo ni complemento, con dogmas anties-tatistas y antiburocráticos que no ven que hoy lo malo del Estado neocolonial no es que sea un Estado, sino que sea neocolonial, no que sea fuerte sino que sea autoritario, no que sea el enemigo de la sociedad civil, sino que cada vez sea más un instrumento de aquella parte de la sociedad civil que se conoce como el gran capital, sobre todo financiero.

Todo esto no se está viendo suficientemente, ni se están estudiando a fondo los nuevos proyectos de las *democracias desarmadas*, ni las nuevas desestabilizaciones que amenazan a viejas y nuevas democracias, ni el peligro de una guerra mundial que empiece en Centroamérica.

Estos problemas habrán de merecer mayor atención en el futuro inmediato, y esta atención no será la del espectador o el comentarista, sino la del hombre que lucha por sobrevivir con la decisión de triunfar. Hoy no vemos los problemas de la sociedad y el Estado en América Latina con una mirada simple. El análisis que no toma en cuenta a las clases sociales o el que las toma en cuenta de manera muy burda han sido eliminados en los mejores trabajos. Es más, escritores y analistas políticos han desarrollado un lenguaje muy distinto al de los neopositivistas o al de los marxistas convencionales. Es un lenguaje claro y preciso. En la lucha ideológica que van a librar necesitarán de la claridad y la precisión... y necesitarán usarlas en el aula, en la plaza, en el campo, en la prensa, en la radio, en el cine y la televisión. La nueva etapa de la sociología latinoamericana será cada vez más de pequeños grupos de alto nivel y de grandes masas, como la Universidad.

Pero con esos conceptos y ese lenguaje tenemos que enfrentar una de las ofensivas ideológicas más sofisticadas que quepa imaginar. Con la administración Reagan llegó la segunda Guerra Fría. A diferencia de la primera sus fuentes de legitimación no sólo norteamericanas, sino

europas y no sólo son “burguesas” sino “marxistas”. La actual Guerra Fría no se basa en una filosofía sino en varias que cobinan desde el pensamiento que se dice marxista y empeña todo su tiempo en atacar al socialismo real, hasta el que se dice liberal y es neoconservador, amante de “Occidente”. La nueva Guerra Fría tampoco se basa en una moral sino en varias y combina las buenas con las cínicas, las honestas con las que alardean de no serlo, las ingenuas con las políticas, de tal modo que los “progresistas” quedan bien con los “conservadores” y unos y otros con los frentes de legitimación de Harvard, Madrid o París, sin que cada uno de ellos tenga que decir todo lo que dicen los demás. Pero entre todos hace una ofensiva múltiple llena de furia y retórica, útil al imperio y al gran capital. El matrimonio teórico de los neoconservadores y los eurocomunistas de derecha, con la agresividad del imperialismo norteamericano frustrado y del colonialismo europeo, sabio en descalificar al africano o al latino que se les somete, trata de aherrojar la inteligencia latinoamericana desarmándola, tribalizándola, descalificándola y enfrentándola a las revoluciones triunfantes de Cuba y Nicaragua.

La sustitución de “ídolos” por “altares”, del “estatismo” por el “liberalismo”, de “lo viejo” por “lo nuevo”, de lo radical acusado de “tradicional” por lo renovador exaltado en lo que encierra de “conservador”, se hace con una arrogancia que parece cíclica. Este fenómeno constituye hoy el reto más fuerte para el pensamiento liberador y democrático de la América Latina.